





Familia y lenguaje

D. Antonio del Pozo Aguilar.
Catedrático de Lengua y Literatura.

Lenguaje y pensamiento

Casi cualquier persona sensata es consciente de la importancia que tiene una buena formación lingüística en la educación de niños¹ y adolescentes. Sin embargo, aun existiendo esa opinión generalizada, no se es consciente de que, no es que sea *muy importante*, sino que, sin duda, es **absolutamente esencial**. Esto se debe a la forma en que está diseñado el funcionamiento de la mente humana. En efecto, lenguaje y pensamiento se condicionan mutuamente de tal manera que no son posibles el uno sin el otro. Es evidente que para poder hablar o entender lo que se nos dice es necesario tener la capacidad de pensar; pero si alguien intenta elaborar un pensamiento o razonamiento, se dará cuenta de que necesita las palabras y las estructuras lingüísticas para hacerlo. Sin palabras podemos experimentar sensaciones, sentimientos, emociones... Pero para pensar en el sentido de 'razonar' o 'comprender' necesitamos las palabras.

Veamos un ejemplo. Cuando tenemos un problema o una situación que nos produce ansiedad, solemos experimentar la necesidad de "contárselo a alguien". Si tenemos un buen amigo - también pueden valer un psicoterapeuta o un confesor - suele ocurrir que, después de explicarle con detalle lo que nos pasa, sentimos un cierto alivio, decimos que "nos hemos desahogado". Incluso, en algunos casos, el hecho de explicar lo que nos pasa nos hace vislumbrar alguna solución a nuestro problema, o alguna estrategia para enfrentarnos a él. Seguramente lo que ha ocurrido es que, para lograr explicar lo que nos preocupa, tenemos que verbalizarlo, es decir, hemos de darle forma lingüística a nuestras emociones o sentimientos y entonces - sólo entonces - somos capaces de entender cabalmente cuál es el problema, lo que nos coloca, obviamente, más cerca de su solución.

Las palabras, salvo los nombres propios, no sirven para nombrar a las cosas. La palabra *mesa*, por ejemplo, no es solamente el nombre del objeto formado por un tablero y cuatro patas que en este preciso momento me está

sirviendo de soporte para escribir. Con la palabra *mesa* nombramos un ingente conjunto de objetos (cualquiera de los millones de mesas que hay en el mundo), algunos muy diferentes entre sí, que comparten ciertas características básicas. Dicho de otro modo, las palabras vendrían a ser *etiquetas* que nos sirven para clasificar la realidad, agrupando dentro de un mismo "cajón mental" todos los objetos con ciertas semejanzas entre sí. Gracias a este mecanismo los seres humanos hemos desarrollado la capacidad de entender y explicar el mundo que nos rodea.

Ya que la lengua es el mecanismo que da forma al pensamiento, cuanto más amplios y más eficaces sean nuestros conocimientos sobre nuestra lengua, más amplias serán las fronteras de nuestro pensamiento y mayor será nuestra riqueza como seres humanos. La relación que existe entre la palabra y la realidad designada por ella es tan poderosa que se podría decir que no somos capaces de entender cabalmente aquello que no sabemos nombrar.

Lenguaje e infancia (hasta los 10-11 años, aproximadamente)

Sólo durante su primera infancia tiene el ser humano una capacidad de aprendizaje lo suficientemente potente como para asimilar el funcionamiento de un mecanismo tan complejo como el lenguaje. La familia, como entorno inmediato y casi único del niño en sus primeros años de vida, es la que proporciona las condiciones para que este aprendizaje, natural y complejo al mismo tiempo, pueda llevarse a cabo. La familia no sólo proporciona al niño el contexto lingüístico del que extraer los conocimientos para desarrollar su capacidad de hablar sino que ejerce además una extraordinaria influencia sobre él mediante sus actitudes, costumbres y conductas. No se trata sólo de que el niño aprenda a hablar: se trata de que aprenda a hacerlo lo mejor posible. Para ello, de manera esquemática, se van a exponer a continuación algunas recomendaciones relacionadas con los procesos de adquisición y desarrollo del lenguaje:

- **Hablen con sus hijos.**

Desde muy pequeños tenemos que procurar hablar con los niños con na-

turalidad, sin elevar la voz. Debemos elegir palabras sencillas, pero hablar como adultos, sin imitar el lenguaje infantil. Todo el tiempo que podamos invertir en hablar con nuestros hijos es una magnífica inversión. Si parte de nosotros la iniciativa, hay que intentar seleccionar temas que les interesen (la escuela, sus amigos, sus juegos o programas favoritos...). Si la comunicación parte de ellos, debemos escuchar con paciencia y atención lo que nos dicen. Para ellos son cosas importantes, aunque a nosotros nos parezcan tonterías.

- **No adivinen lo que quiere. Dejen que se esfuerce en pedirlo.**

Es frecuente que niños con inteligencia normal o incluso alta empiecen a hablar a edades relativamente tardías. Muchas veces esto se debe a que la familia se anticipa a satisfacer sus necesidades sin necesidad de que el niño las comunique verbalmente. Si el niño comprueba que obtiene lo que quiere sin necesidad de esforzarse, tardará en soltarse a hablar. En estos casos, aunque lo sepamos, podemos estimularlo con preguntas como “¿Qué quiere? ¿Esto cómo se llama?” “¿Para qué sirve?”, etc.

- **No se dejen suplantar por el televisor.**

La televisión, bien utilizada, es una magnífica ventana para que el niño se pueda asomar al mundo y aprender cosas y palabras nuevas. En la medida de nuestras posibilidades, debemos intentar ver la televisión con nuestros hijos, seleccionar los programas más adecuados para su edad ², comentar lo que estén viendo, explicarles lo que no comprendan y no usar la tele para “aparcar” al niño para que no moleste. No hay niño más “molesto” que el que está continuamente intentando llamar la atención porque no se siente atendido.

- **Trato con los adultos.**

Es normal que el niño pequeño se sienta cohibido en presencia de desconocidos. Es muy sano estimular la comunicación con otras personas adultas, enseñarlo a saludar, invitarlo a pedir algún artículo que vayamos a comprar. A partir de los 6-7 años ya podemos pedirle que nos haga algún pequeño recado. En definitiva, estaremos facilitando que aprenda a convivir en sociedad.

Por otra parte, esta es la edad clave para que el niño adquiera una serie de mecanismos lingüísticos de cortesía que le serán muy útiles más adelante.

Pedir las cosas *por favor*, dar las gracias ante cualquier petición atendida o hablar de *usted* a los adultos que no son de la familia son costumbres que se están perdiendo en España y que, sin embargo, están muy presentes en la educación de la mayoría de los niños hispanoamericanos. En contra de lo que mucha gente poco informada cree, estos mecanismos de cortesía ayudan a los niños a delimitar bien los roles sociales, a saber cuál es el papel de cada uno y, por lo tanto, a sentirse más seguros y cómodos en un ambiente menos protegido que el estrictamente familiar. Personalmente, como educador, me siento muy incómodo cada vez que oigo a un adulto decirle a un niño “no me hables de usted, que me haces mayor”; o cuando se le sugiere que conteste “dame más” a la típica pregunta de “¿qué se dice? (gracias)”. Estas personas, sin duda de manera bienintencionada, le están haciendo un flaco favor al niño con sus llamadas a una conducta más informal: lo están desorientando y le están impidiendo aprender un mecanismo de socialización que ha demostrado su utilidad a lo largo de muchos siglos. Más tarde, ya en la adolescencia, para algunos será demasiado tarde para aprenderlo.

• **Contar historias.**

Muchos adultos guardamos un imborrable recuerdo de aquellos cuentos que nuestros padres o abuelos nos contaban. Esa es una hermosa costumbre que se está perdiendo en la actualidad y que sería muy positivo recuperar. Para el niño, escuchar un buen cuento o una buena historia es una gran fuente de riqueza lingüística: se amplía su vocabulario, aprende a ordenar los acontecimientos y recibe una gran carga afectiva mientras lo hace. No privemos a nuestros hijos de esa valiosísima herencia que nosotros hemos recibido.

Lenguaje y adolescencia (desde los 11-12 años hasta...?)

La llamada adolescencia es una etapa de aparición relativamente reciente en la vida de los seres humanos. Hasta hace apenas un siglo, el paso de la infancia a la edad adulta se producía sin escalas intermedias. El niño pasaba, sobre los 12-14 años, del juego al trabajo; del juguete a la herramienta. En nuestros días, con la prolongación en varios años del proceso formativo, ha aparecido la adolescencia como una especie de limbo en el que todavía se conservan ciertos

privilegios de la infancia y se van adquiriendo los derechos aunque aún no se asumen las responsabilidades de la edad adulta. También para esta etapa, voy a proponer algunas sencillas recomendaciones:

• **La lectura.**

Es muy difícil para la letra impresa competir con los soportes audiovisuales (cine, televisión, video...). Sin embargo, es indudable la importancia que la adquisición de un buen hábito lector tiene sobre la formación de nuestros adolescentes. No creo que haya soluciones mágicas, pero de lo que sí estoy seguro es de que no sirven las “lecturas obligatorias” que, a veces, resultan contraproducentes. En lugar de despertar la afición a la lectura, provocan o acentúan el aborrecimiento de los libros. En mi opinión, la lectura tiene que ser entendida, a cualquier edad, como una fuente de placer. El momento lector ha de servir para disfrutar, para vivir otras vidas, pasear por otros paisajes, conocer otros mundos, sentir otras pasiones... Si conseguimos acertar con el libro que haga disfrutar a nuestros adolescentes, habremos conseguido hacerlos lectores y, por ende, mejores receptores de todo cuanto signifique cultura.

• **La escritura.**

Muchos adolescentes empiezan, además de aficionarse a leer, a desarrollar gusto por escribir. A veces se limitan a copiar frases, pequeños poemas o letras de canciones que les han gustado o conmovido. Algunos se animan a poner por escrito sus propias sensaciones, opiniones o emociones. Escriben en las redes sociales, intercambian SMS, correos electrónicos, comentarios, etc. A veces, escriben un pequeño ensayo o un poema propio. Otros se animan a llevar un diario... Todo ello es digno de estímulo. Si nos dan a leer, con timidez y cierto orgullo algo que han escrito, debemos leerlo con atención y valorarlo sincera y positivamente.

• **Las modas lingüísticas.**

Los adolescentes y, en general, los jóvenes tienen una forma especial de hablar que a veces nos resulta chocante: “Tío, tú *tas flipao, colega; no me rayes más con tus paranoyas*”. No hay motivo para preocuparse. El lenguaje, como el vestido o el peinado, siempre ha estado sometido a modas más o menos pasajeras, y los jóvenes más que nadie son sujetos activos y pasivos de estas modas lingüísticas. Seguir la moda en la forma de vestir, peinarse y hablar es integrarse en un grupo, socializarse. No parece tan inocua, sin embargo,

la moda de utilizar lenguajes marginales como la jerga del mundo de las drogas, de la delincuencia, léxico carcelario, etc. Como ya quedó apuntado antes, la relación entre lenguaje y pensamiento es muy estrecha. Perder el respeto a las palabras es perderselo inconscientemente a la realidad que se esconde tras de ellas. Así, no me parece recomendable decir mi *queli* en lugar de mi casa, ni tampoco confundir el *chocolate* con el hachís, ni a la policía con la *madera*.

• **Registro coloquial y registro formal.**

El hablante culto se caracteriza por su capacidad de cambiar de registro para adaptarse a cada situación concreta de comunicación. Muchos de nuestros adolescentes y jóvenes tienen dificultades para adaptar su forma de hablar a las circunstancias, especialmente si se requiere un registro más formal. Hay en muchos adolescentes una curiosa reticencia a adoptar expresiones formales. Parece como si se sintieran ridículos o humillados por utilizar fórmulas sencillas de cortesía: hablar de usted a los adultos, pedir las cosas por favor, dar las gracias, ceder el paso o el asiento... Si estos hábitos no han sido bien asimilados durante la infancia, es muy difícil que el adolescente llegue a

adoptarlos y, por lo tanto, no llegará a convertirse en un hablante culto, que se caracteriza, precisamente por su capacidad de adaptar su registro idiomático a cada situación concreta.

Entre “broncas” y “charlas”

Hasta ahora hemos puesto el foco de atención en la conducta lingüística de nuestros adolescentes: que hacen y qué deberían hacer o dejar de hacer. Pero ¿qué pasa con los padres? ¿Hay algo que los padres deberían hacer o dejar de hacer? La forma en la que nos dirigimos a nuestros hijos es determinante para conseguir comunicarnos con ellos. Con frecuencia en la comunicación las formas son tanto o más importantes que el contenido. A veces perdemos la paciencia y estallamos: intentamos aconsejar o reprender a nuestros hijos usando un tono airado o quejumbroso, victimizándonos por su conducta, arrojándoles oleadas de sentimiento de culpa. Lo más probable es que consigamos el efecto contrario al que buscamos. Llegará un momento en que nuestros hijos desconectarán (“ya está mamá - o papá - con su letería...”) y no escucharán lo que tengamos que decirles por muy sensato que sea. Algo parecido ocurre con las

famosas “charlas”, que van precedidas por la temida frase: “Hijo, tengo que hablar contigo”. El hijo sabe que lo que viene a continuación es, aunque con un tono más calmado, una sucesión de reproches, de advertencias y de consejos la mayoría de las veces obvios o innecesarios, y también desconecta, pone cara de aburrimiento y, a la menor ocasión nos interrumpe con un “¿Has terminado ya? ¿Puedo irme a mi cuarto?”.

La fórmula eficaz de conseguir la comunicación es difícil, sobre todo si queremos decirles cosas que no quieren oír. Descartadas las anteriores, lo mejor sería dejar que la comunicación fluya con naturalidad, tratar los temas que nos preocupan cuando vengan a cuento, no exponer un “memorial de agravios”, mezclando unos asuntos con otros y sacando a relucir continuamente hechos pasados. En todo momento hay que dejar sentado con cariño y serenidad, pero con firmeza que los padres y adultos *somos nosotros* y nos corresponde la responsabilidad de educarlos y guiarlos, de pactar con ellos unas normas y velar porque se cumplan.

Para terminar...

Soy consciente de que las orientaciones que se contienen en estas líneas se parecen a las de aquel aficionado que aconsejaba al delantero de su equipo favorito: “Chuta fuerte y por la escuadra”. Sé que en el oficio de padres y educadores la perfección es imposible y los errores, inevitables. Simplemente propongo que lo intentemos con todas nuestras fuerzas. Merece la pena.

1. A lo largo de este artículo, siguiendo las recomendaciones de la Real Academia Española, se usará el género masculino con carácter generalizador para nombrar conjuntos formados por nombres masculinos y femeninos, evitando la pesada redundancia de la reduplicación continua: los niños (niños y niñas), los padres (padres y madres), etc.

2. Incomprensiblemente y a pesar de las numerosas quejas de padres y profesionales de la educación, algunos de los programas más “deseducativos” se siguen emitiendo en el llamado horario infantil. Habría que poner atención a los valores que transmite - o no - un determinado programa, independientemente de que sea más o menos divertido.

